

Las diferencias franco-españolas no se disiparán con el nuevo Gobierno

PARIS (Enrique Laborde, corresponsal). En su telegrama de congratulación al secretario general del Partido Socialista Obrero Español, Felipe González, el presidente François Mitterrand subraya un buen deseo: «Me felicito de poder trabajar con usted en la realización de nuestros objetivos comunes.» Pero el laconismo telegráfico ha dejado en el aire el simple enunciado de esos «objetivos comunes».

Ahora, pasado el primer momento de la información y del análisis, más o menos apresurado o improvisado, de los resultados electorales en España, los medios de opinión les dedican una preferencia, perfectamente lógica, a las futuras relaciones entre París y Madrid. En este orden de ideas, el pasado y el presente se identifican, aunque ahora exis-

tan más razones para la esperanza. En el pasado, el centrista Giscard d'Estaing recibió al centrista Adolfo Suárez, y poco después, en nombre de las hortalizas mediterráneas, proclamaba la necesidad de una «pausa» en la incorporación de España a la Comunidad Europea. Terminada la «era giscardiana», en julio de 1981, el socialista François Mitterrand recibió al centrista Leopoldo Calvo-Sotelo, y la noción de la «pausa» se afirmó en nombre de las mismas hortalizas mediterráneas.

Pero ha llegado el momento de «realizar unos objetivos comunes» que, por más vueltas que se le quiera dar a la cuestión, son los mismos que en el pasado. Naturalmente, en la actualidad existen unas mejores condiciones para el diálogo, pero como lo anota el editorialista de «Le Quotidien de Paris», Felipe González, que conoce muy bien a François Mitterrand, ha sisipado los malentendidos al precisar, mucho antes de su victoria electoral, que las relaciones de Estado a Estado no deben confundirse con las relaciones de partido a partido. «En un país, Francia —escribe el editorialista en cuestión—, donde el partido se ha convertido en el Estado, y viceversa, ese mensaje, si ha sido escuchado y comprendido, deberá provocar algún rechinar de dientes.»

Para la mayoría de los comentaristas, el hecho de que en el Elíseo se encuentre un socialista y en la Moncloa otro socialista no hará que se lleve a cabo una política del borrón y cuenta nueva, porque los problemas pendientes volverán a ponerse sobre el tapete. Es más, en casi todos los juicios sobre el estado de la cuestión se subraya que ambos socialismos responden a unas circunstancias singulares y peculiares, es decir, que por razones obvias no tienen ni los mismos métodos de Gobierno, ni los mismos objetivos y que lo que en Francia es ideología en España es pragmatismo. Así lo explicó el propio Felipe González al enviado especial de «Le Figaro», Philippe Nourry: «Lo que quiero subrayar es que la realidad política, económica y social de Francia es totalmente diferente a la de España y que sería totalmente vano, pese a mis mejores deseos de éxito para la experiencia francesa, de compararla con la que nosotros vamos a aplicar.»